

Diócesis de Santiago y todo Chile
Iglesia Católica Ortodoxa Madre de Dios de Pochaev-Skete San Basilio

Amado hijito:

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo fortalezcan siempre tu corazón.

Te escribo para hablarte de un tema que todos preferimos evitar, pero que ninguno de nosotros puede ignorar: el pecado. No lo hago para entristecerte, sino para ayudarte a comprender la inmensa misericordia de Dios.

El pecado no es simplemente la transgresión de un mandamiento. Es, ante todo, una herida en el alma. Es una enfermedad espiritual que oscurece el entendimiento, endurece el corazón y debilita la voluntad. Poco a poco va separando al hombre de la vida divina, no porque Dios se aparte de nosotros, sino porque nosotros dejamos de mirar hacia Él.

Debes recordar siempre que ningún pecado comienza siendo grande. Toda caída tiene su origen en un pensamiento aceptado, en una pequeña concesión, en una negligencia que parecía insignificante. Los Santos Padres enseñan que el enemigo no suele derribar al hombre de un solo golpe; primero busca distraerlo, luego acostumbrarlo y finalmente convencerlo de que ya no puede levantarse.

Por eso vigila tus pensamientos. No todo pensamiento que llega a tu mente te pertenece. Muchos vienen simplemente para ser rechazados. Si dialogas con ellos, terminarán conquistando el corazón. Si los presentas inmediatamente ante Cristo mediante la oración, perderán toda su fuerza.

No desesperes cuando caigas. El demonio obtiene una victoria mayor cuando convence al hombre de que su pecado es más grande que la misericordia de Dios. Esa mentira ha destruido más almas que muchas pasiones. Mientras exista arrepentimiento, existe esperanza. Mientras el corazón pueda decir: "Señor, ten piedad de mí", el camino hacia la Casa del Padre permanece abierto.

Diócesis de Santiago y todo Chile
Iglesia Católica Ortodoxa Madre de Dios de Pochaev-Skete San Basilio

Sin embargo, tampoco debes acostumbrarte al pecado. Existe una diferencia entre quien lucha y cae, y quien deja de luchar. Dios no exige una perfección instantánea; espera de nosotros fidelidad en el combate. El soldado que vuelve a levantarse después de cada caída ya está venciendo, aunque sus heridas aún sean muchas.

Aprende también a conocerte sin excusas. La humildad nace cuando dejamos de justificar nuestras faltas. Es fácil culpar a las circunstancias, a otras personas o incluso a nuestras debilidades. Pero la verdadera libertad comienza cuando el hombre dice: "Señor, he pecado". En ese instante el orgullo empieza a morir y la gracia comienza a obrar.

No permitas que el pecado robe tu paz durante demasiado tiempo. Corre hacia la confesión con la misma prontitud con que un enfermo busca al médico. No ocultes tus heridas por vergüenza. Lo que permanece escondido se infecta; lo que es expuesto a la luz de Cristo comienza a sanar.

Recuerda que la vida espiritual no consiste solamente en evitar el mal. El corazón no puede permanecer vacío. Debe llenarse con la oración, la lectura de las Santas Escrituras, los escritos de los Padres, la participación en los Santos Misterios y las obras de misericordia. Allí donde habita Cristo, el pecado encuentra cada vez menos espacio.

No te sorprendas por la intensidad de la lucha. Los santos combatieron hasta el último día de sus vidas. La diferencia entre ellos y nosotros no fue la ausencia de tentaciones, sino la perseverancia. Nunca dejaron de levantarse. Nunca dejaron de confiar en Dios.

Cuando el enemigo te recuerde tus pecados pasados, respóndele recordándole la Cruz de Cristo. Allí fue vencido el poder del pecado y de la muerte. Nuestra esperanza no descansa en nuestras fuerzas, sino en la victoria del Salvador.

Hijo mío, nunca olvides que Dios te ama más de lo que puedes comprender. Él no espera tu regreso con un libro de condenas en la mano, sino con los brazos abiertos, como el padre del hijo pródigo. Cada lágrima de

Diócesis de Santiago y todo Chile
Iglesia Católica Ortodoxa Madre de Dios de Pochaev-Skete San Basilio

arrepentimiento es preciosa ante sus ojos. Cada esfuerzo sincero por volver a Él alegra a los ángeles.

Camina, pues, con humildad, pero también con confianza. No permitas que el orgullo te haga creer que no puedes caer, ni que la desesperación te haga creer que no puedes levantarte. Ambas cosas son engaños. Permanece en el camino del arrepentimiento, que no es el camino de la tristeza estéril, sino el sendero luminoso que conduce a la vida eterna.

Que la Santísima Madre de Dios cubra tu alma con su protección. Que tu santo ángel custodio fortalezca tu combate. Y que Cristo, Médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, cure toda herida causada por el pecado y haga de ti un verdadero templo del Espíritu Santo.

Con mi bendición y mi oración constante,

† Basilio

Arzobispo de Santiago y todo Chile